



### CANT TERCER

## LOS ATLANTS

S' aplegan dins lo temple de Neptú. Razonament del primer Cap-de-colla. Sos mals auguris. Demana als qui arriban de llunyes terres, quines noves duhen al collotge. Un, que ve de les encontrades de Ponent, respon haverles mitx abrigades un bras de mar. Altre, tot just vingut d' envern Tule, ha tret un mal pronòstich de les aurores boreals. Entra de sobte un Tità que arriba pel camí de Mitx-dia y, tremolós encara, conta haver escapat d' una espasa de foch que abrasá á sos companys. En això estant, senten mòure 'l temple en terratrèmol, ensemps que un llamp escapsa l' imatge triomfal de Neptú. Ouhèn lo clamor de les Hespèrides, y fent arma dels arbres y columnes del atri, escometen á Hércules. Gran combat.

**D**e roques sobre roques son les parets gegantes del temple, hont los Atlans enrotllan á Neptú, parescuts á vells roures y alzines brassejantes, que semblan dir al cingle:—Som tan ferrenys com tu.—



### CANTO TERCERO

## LOS ATLANTES

Congréganse en el templo de Neptuno. Razonamiento del Caudillo. Sus malos augurios. Pregunta á los que vienen de remotos países que nuevas traen al conciliábulo. Uno, que llega de las comarcas de Poniente, responde que un brazo de mar las ha medio anegado. Otro, recién venido de hácia Tule, deduce fatal pronóstico de las auroras boreales. Entra súbito un Titan, que llega por la via del Sur, y, tembloroso aún, refiere haberse escapado de una espada de fuego que abrasó á sus compañeros. Perciben á la sazón que un terremoto conmueve el templo, á la par que un rayo decapita la estatua triunfal de Neptuno. Oyen el clamor de las Hespèrides, y, convirtiendo en armas los árboles y las columnas del atrio, embisten á Hércules. Gran combate.

**D**e rocas sobre rocas son los gigantescos muros del templo en que los Atlantes circundan á Neptuno, cual añejos robles y braceantes encinas que al risco parecen decir:—Somos tan apedernalados como tú.—

Allí, per esposarles ab sos més braus sotmesos,  
esperan ses germanes, les del mirar de cel;  
de sobte, á un mal auspici, com de cent furies presos,  
á llur cridoria 'l temple se torna altra Babel.

S' en alsa un que es del ángel caygut imatge viva,  
d' humana recordansa son nom esborrá Deu;  
del temple inmens les brédoles, ahont sa testa arriba,  
tremolan á la forta tronada de sa veu:

—Titans, quelcom de témer espera ab por la terra,  
quelcom que no podrém contar á nostres fills;  
apar que avuy la torre de nostre orgull s' aterra,  
y sota 'ls peus trontolla lo mon d' hont som pubills.

Los núvols en figura d' espectres nos ho diuhen,  
ho cridan les tempestes ab xiscles y gemechs,  
estels ab cabellera de foch pel cel ho escriuhen,  
entrellassantla ab lletres d' espurnes y llampechs.

Lo cel veig en feréstegues bromades arrugarse,  
mostrantse com entre ales de corbs, á claps á claps,  
la terra veig, glatintnos, á nostres peus badarse,  
y cáurens la corona, poch testa en nostres caps.

Allí, para con sus más bravos vasallos desposarlas, aguardan á sus hermanas, las del mirar de cielo; de súbito, á un mal augurio, cual presa de cien furias, en nueva Babel truécase el templo á su gritería.

Álzase uno que del ángel caído es imágen viviente; su nombre Dios borró de humana recordacion; del inmenso templo las techumbres, á que con su cabeza alcanza, retiemblan á la ronca tronada de su acento.

—Titanes, algo temeroso espera con pavor la tierra, algo que contar no podremos á nuestros hijos; parece que hoy se derrumba la torre de nuestro orgullo, y bajo nuestras plantas se tambalea el mundo herencia nuestra.

Nos lo dicen los nubarrones en figura de espectro, pregónanlo las tempestades con ayes y gemidos, y en el firmamento lo escriben astros de ígnea cabellera, entrelazándola con caracteres de centellas y de rayos.

Contemplo replegarse el cielo en hórridas brumas, asomando á trechos, como por entre alas de cuervo; veo la tierra henderse, hambreada, á nuestras plantas, y caerse nos lo corona poco firme en nuestras sienas.

A mitx esbadallarse les flors se musteheixen;  
passant les aucellades avans de la tardor,  
se dolen, com d' un cástich fugint que no 's mereixen,  
y, al veureho, qui no 'ls puga seguir esclata en plor.

Sols junt ab la xibeca la gralla alegre 's mostra,  
diuhen que 'ls rius s' en tornan enrera, y que un infant,  
al veure d' aqueix dia la llum en terra nostra,  
ha reculat al ventre, de por esgaripant.

Y ¿ que 'ns calrá á nosaltres ? seguir la rierada,  
ò contra 'l fat empenyer la barca á vela y rem ?  
dels massa crèduls rífurens, ò fer ab ells llassada ?  
Titans de cor de roure, digáume ¿ que farèm ?

Avans, quin vent os porta, contáu. Tu que la vida  
prop del llit d' or del astre del dia escorre veus,  
¿ perque, dígam, deixares tos camps d' herba florida,  
que á mustehir no basta l' alè de tots los deus ?

—Tenía un fill,—respon,—com datilera  
que bressa 'ls colibrís en primavera ;  
un dia 's caragira contra mi :  
y, de bon ayre y ben plantat com era,  
la vida li arranquí.

Marchítanse las flores á medio abrir; ántes del caer de  
las hojas peregrinando, laméntanse lasaves, como huyendo  
inmerecido castigo, y al verlo, quien seguirlas no puede,  
rompe á llorar.

Sólo junto á la corneja muéstrase alegre el buho, cuen-  
tan que los rios lanzan atras su corriente, y que un infante,  
al ver de este dia la luz en nuestro suelo, ha ciado al  
vientre, chillando de pavura.

Y ¿qué nos toca á nosotros? ¿seguir la riada, ó contra el  
hado empujar la barca á vela y remo? ¿mofarnos de los  
sobrado crèdulos ó coligarnos con ellos? Titanes de roblizo  
corazon ¿qué hemos de hacer, decidme?

Ántes, que vientos os traen contad. Tú, cuya vida resbala  
junto al lecho de oro del astro diurno, ¿porqué, dime, de-  
jaste los campos de florida yerba, que á marchitar no  
bastara el hálito de todos los dioses?—

—Tuve un hijo,—responde,—cual palmera  
que colibríes mece en primavera;  
mas un dia hizo cara contra mí:  
y, aunque apuesto, y gentil, y jóven era,  
yo la muerte le dí.

Posí son cos dins una fonda balma,  
 ab fulles abrigat de ceiba y palma,  
 porque 'l *Zemí* del cel no me 'l vegés;  
 mes ¡ay! del esperit la dolsa calma  
 ja no 'm torná may més.

Mos ulls aquella nit ay! no 's clogueren,  
 entre caobes y mameys vegeren  
 dos altres ulls en la blavor dels cels;  
 «Pare, dormiu, mes filles me digueren:  
 «dormiu, son dos estels.»

«No son estrelles, no, filles hermoses,  
 aqueixes son del alt jardí les roses,  
 y aquells son ses espines pel meu cor.  
 Dormiu vosaltres, ¡ay! poncelles closes  
 al somni del amor.»

¡Ay! eran ulls de atterradora ceja,  
 y llur ullada escorcollantme 'm deya:  
 «¿Ton fill, ton fill hermós, com no es aquí?»  
 He vist un bras que d'entre 'ls núvols queya,  
 ¡era 'l bras del *Zemí*!

En un hoyo enterré al hijo del alma,  
 con hojas le abrigué de ceiba y palma,  
 porque el *Zemí* no le pudiese ver;  
 mas ¡ay! del corazón la dulce calma  
 á no volver se fué.

Mis ojos ya cerrarse no pudieron,  
 que entre mameyes y caobos vieron  
 otros dos en el cielo de zafir;  
 «Padre, dormid» mis hijas me dijeron:  
 «son dos astros, dormid.»

«No son estrellas, no, niñas hermosas,  
 que del alto jardín éstas son rosas,  
 y aquéllas, mis espinas de dolor.  
 Dormid vosotras, flores candorosas,  
 el sueño del amor.»

Eran ¡ay! ojos de terrible ceja,  
 que al son me escudriñaban de esta queja:  
 «¿Porqué tu hermoso hijo no está aquí?»  
 Un brazo de las nubes caer se deja,  
 ¡el brazo del *Zemí*!

¡Perdó! diguí sortintme de la hamaca,  
 quan ressona son crit en ma barraca :  
 «Dins la balma del crim la mar hi bull ,  
 de tot quant veus, per esborrá' eixa taca,  
 ni 'n restará un escull.»

Digué: y ja de la cova 'l mar eixía  
 y d' aygua y manatins l' herbatje umplía ;  
 jo fugintne 'm girava al nadiu lloch ;  
 ja cabanyes y selves no hi havia,  
 ja vall, ni cims, tampoch.

D' Haytí la cordillera, <sup>1</sup> que 'l cor ama,  
 en illes es trencada ; de Bahama  
 lo bell país, d' arenes es un banch ;  
 y encara famolenca la mar brama  
 venint ¡pot ser la clama  
 la meva olor de sanch !—

Parla un que vora Tule gelada 'l sol anyora:  
 —També es ¡ay! de diluvi l' auguri que vegí ;  
 vegí á Llevant esténdres la boreal aurora,  
 en flochs vermells y rossos trenats, y brins d' or fí.

¡Perdon ! grité saltando de la hamaca,  
 mas resonó su voz en mi barraca:  
 «En la cueva del crimen bulle el mar ;  
 de cuanto ves, por si tu mancha saca,  
 ni rastro ha de dejar.»

Dijo: y ya de la cueva el mar salía,  
 por el herbaje el agua se extendía,  
 huyendo, yo miraba á do nació ;  
 ni cabañas, ni selvas ya no había,  
 ni val, ni cumbres ví.

De Haytí la cordillera, que el hombre ama,  
 rota en islas está; ya el de Bahama  
 bello país, la arena recubrió,  
 y famélico aún el mar rebrama,  
 viene ¡quizá le llama  
 mi sanguinoso olor!—

Habla uno que, cerca de la helada Tule, el sol echa de  
 ménos:—Tambien es ¡ay! de diluvio el augurio que ví; ví  
 extenderse por Oriente la boreal aurora en bermejas espira-  
 les, en rubias trenzas y en hebras de oro finísimo.

Y, com l'ona arrosega les perles y petxines,  
desencastar semblava y endúrsen los estels;  
mes tot plegat, llansantlos com flors entre ruines,  
grans signes de malastre borrhonejá pels cels.

Atlants, ¡ay! de vosaltres, mes ¡ay! de vostre imperi  
que, com lo sol, devalla de son mitxdia al mar  
açò que 'ls cels nos diuhen ab llengues de misteri,  
malalta en sos desvaris la terra ho diu ben clar.

He vist d' infants y verges horribles sacrificis,  
he vist á l' ignocencia del negre crim al peus,  
arreu les viles fetes encant de tots los vicis,  
y aqueixos dins lo temple robar l' encens als deus.

He vist en la disbauxa noys tendres revolcarse,  
los pares traure á vendre llur fill, del avi trist  
los nets com d' una càrrega feixuga descartarse,  
y l' un germá del altre bèures la sanch! he vist...

L' interrompé un Titá de la natura esguerro,  
que guerxo y d' extrafeta figura 's veu entrar,  
y esblanquehit, com mort que fuig de son enterro,  
del temple per les tombes son crit fa ressonar.

Y, á la manera que la ola arrastra perlas y conchas,  
parecía desengastar y llevarse los astros; mas de pronto,  
arrojándolos, cual flores entre escombros, fatídicas señales  
borrhoneó en los cielos.

¡Guay! de vosotros, Atlantes, mas ¡guay! de vuestro imperio  
que, como el sol, descende al mar desde su zenit; lo  
que los cielos anuncian en misterioso lenguaje, bien á las  
claras lo pregona en su desvarío la tierra dolorida.

He visto horrendos sacrificios de vírgenes y de infantes,  
he visto á la inocencia supeditada por el tenebroso crimen,  
doquier, convertidos los pueblos en ferial de vicis, y á éstos,  
robando el incienso á los dioses dentro del templo mismo.

He visto á tiernos niños volquearse en la orgía, á  
padres poner en venta á sus hijos, á nietos descartar al  
postrado abuelo cual insufrible carga, y al hermano beber  
la sangre del hermano; he visto...—

Interrumpióle un Titan, engendro de la naturaleza, que,  
de torcida y contrahecha figura, acaba de entrar, y lívido,  
cual difunto que escapa de su entierro, del templo por  
las tumbas hace resonar su clamor.

—Vora Àfrica ab mos hèroes á nit m' endormiscava,  
quan veig colossal Geni baixar del firmament,  
cubría sa ombra l' Àtlas, y ab un llamp que br andava  
del Simoun en ales, fería á tot vivent.

Ja á mi m' empedrehía, quan diu, girantse enrera:  
«En eix blat del diable<sup>2</sup> no cal oscar la faus»  
Me deixondí, lo rúfol fantasma ja no hi era;  
mes sols un llenyer d' ossos restava de mos braus.—

Sa veu pel temple encara retruny, quan á l' altura  
lo carro sotraqueja dels trons aixordador,  
ab tremolor estranya responli la natura,  
y al ventre de les mares ressona angèlich plor.

De prompte á un terratrèmol que 's juny ab la tempesta,  
l' ídol s' ensorra en grífol d' aygua llotosa y sanch,  
ensempe que ¡estrany prodigi! li lleva un llamp la testa  
á trossos y ennegrida fentla rodar pel fanch.

A sa claror rojenca ¿que veuheu, pus s' ajupen?  
veuhén tétrichs fantasmes passar en reguitzell,  
entre ombres de llurs avis, que ab fástich los escupen  
al front, marcat ja ab taca del infernal segell.

—Cerca del Àfrica adormeciame anoche con mis héroes,  
quando ví descender del firmamento un Genio colossal; su  
sombra cubría el Àtlas, y con un rayo, que vibraba del Si-  
moun en alas, malhería á todo viviente.

Ya comenzaba á petrificarme, quando dijo torciendo el  
rostro: «En este trigo bastardo no es cosa de mellar la hoz»  
Despertéme, el pavoroso fantasma había desaparecido; mas  
de mis bravos quedaba tan sólo una hacina de huesos.

Aún retumba su voz por el templo, quando asordante  
traquea por las alturas el carro de los truenos, con insólito  
retemblor naturaleza le responde, y angélico vagido re-  
suenan en el materno cláustro.

De súbito, un terremoto que se auna con la tempestad,  
encharca el ídolo en borbollones de sangre y agua cenago-  
sa, al par que ¡oh asombroso prodigio! un rayo cercena su  
cabeza, volteándola por el fango ennegrecida y hecha trizas.

Á su rojizo lampo ¿qué divisan, pues se encogen? ven  
pasar á la deshilada tétricos fantasmas entre sombras de  
sus mayores, que con asco les escupen en la frente, marca-  
da ya con estigma infernal.

Mes ells sens despitar estrenyen lo col-lotge,  
y, brètols, escateixen si ferhi res los cal,  
si alsar á pes de brassos de terra 'l deu ferotge,  
ò enfonzarlo, de tráurel pus, creuhen, no s' ho val.

En açò arriba al temple lo crit de ses germanes;  
arranca un d' ells, sacrílech, lo trident á Neptú,  
los altres á bocins pilars ò barbicanes,  
y al encontré d' Alcídes apar que 'l vent los du.

Los fills de les montanyes s' hi lligan, seglars roures,  
com ells de bona sava, d' arrel arrabassant,  
y abets que vergassejan los núvols al remoures,  
com brassos de la terra lo cel abrañonant.

Altres més vells ne surten á glops de les cavernes,  
brandant armes de pedra y ossades de mammuth,  
ab fam deixan del antre pregon les nits eternes,  
aixís que han la flayrada d' humana carn begut.

Lo matador de monstres que, de gegant á passos,  
escometía á Hespèris, duhentli 'l brot florit,  
se veu trabat; sos brassos se nuán ab llurs brassos,  
y un bosch d' enceses armes va á fèndres en son pit.

Mas ellos, sin descorazonarse, se estrechan en conciliábulo, é, insensatos, discuten si algo hacer les interesa, si alzar del suelo, á peso de brazos, al iracundo dios, ó rehundirlo, pues no juzgan que valga la pena de sacarlo.

Á la sazón percíbese en el templo el clamor de sus hermanas; sacrílego uno de ellos arrebató el tridente á Neptuno, otros, trozos de pilares y barbicanas, y al encuentro de Alcídes diríase que el viento les impulsa.

Atrópanse con ellos los hijos de las selvas, arrancando también de cuajo seculares robles de vital savia, y abetos que verguean las nubes al oscilar, cual brazos de la tierra concitando los cielos.

Otros, más ancianos, salen en tumulto de las cavernas, blandiendo armas de piedra y osamentas de mammoth, famélicos, abandonan las eternas noches del profundo averno, no bien les ha dado el viento de carne humana.

El matador de mónstruos que, á pasos agigantados, iba al encuentro de Hespèris, portador del florido retoño, trabado se ve; con los de ellos anúdanse sus brazos, y un bosque de armas encendidas camina á hincarse en su pecho.

Mes ell, com entre brèvols canyissos, s'hi obre via,  
la clava de terrible maneig descarregant,  
que, ab set de sanch, incendis y llágrimes sentía,  
en sa espatlla ferrissa, com ella bategant.

¿Heu vist al huracá que escombra cel y terra  
llevar la neu, boscuries y rochs als Pyrineus,  
y, en revolví al endúrsels ab algun cap de serra,  
fer remuntar les aygues d' un riu fins á ses deus?

Tal l' hèroe, al rompre aquella maror armipotenta,  
s' engolfa en les onades á colps de ferro cru;  
y fort y ferm oposa la seva á llur empenta,  
com nau que á un abordatge presenta 'l pit tot nú.

Allá aboca ses iras, hont més arreu pot batre,  
empeny, romp y arrossega com estimbat torrent;  
los guerrers de cap d' ala cauhen de quatre en quatre,  
lo rebuig, com espigues de blat, de cent en cent.

Així arranant sa dalla la Mort ajau sa messa;  
á cada colp que venta n' hi há de menys un clap;  
ab sanch dels fills l' Atlántida s' abeura, y, á la fressa  
dels crits, ferir y caure, tremeix de cap á cap.

Mas él, cual por entre endebles cañizares, se abre paso  
blandiendo la clava de terrible manejo, que, sedienta de  
sangre, incendios y lágrimas, sentía agitarse en su espalda,  
férrea como ella.

¿No habeis visto el huracan al barrer tierra y cielos cómo  
arrebata al Pirineo su nieve, su maleza y sus peñascos, y,  
al arramblar con ellos, revueltos entre resaltes de sierra,  
cómo hace refluir hasta sus orígenes las aguas de los rios?

Tal al romper el héroe aquella armipotente marejada  
engólfase en el olaje golpeando con el despiadado hierro; y,  
firme é inquebrantable, á ajeno embate opone su embate,  
como navío que en el abordaje presenta el costado al des-  
cubierto.

Allí, donde más libre macear puede, desata sus iras; em-  
puja, tala y arrastra cual despeñado torrente; los adalides  
de cuatro en cuatro caen; la chusma, como espigas de trigo,  
ciento á ciento.

Así con cercenadora guadaña tiende la Muerte su miés;  
á cada golpe suyo, hay un puñado ménos; con la sangre  
de sus hijos la Atlántida se abreva, y, al estridor de los ta-  
jos, tumbos y lamentos, treme desde el uno al otro cabo.